

ASALTANDO LAS ALMENAS

Volumen 1 – Sermón No. 38

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL SÁBADO
16 DE SEPTIEMBRE DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK CHAPEL, SOUTHWARK**

“Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová”.
Jeremías 5:10

Hemos estado hablando muy libremente durante esta última semana de "victorias gloriosas", de "éxitos brillantes", de "asedios" y de "asaltos". Poco sabemos cuál es la terrible realidad de la que nos jactamos. ¿Podrían nuestros ojos contemplar alguna vez el asalto de una ciudad, el saqueo de una ciudad, el saqueo de los soldados, los actos bárbaros de la furia cuando la sangre se sube, y el largo retraso que ha enloquecido a las almas? ¿Podríamos ver los campos cubiertos de sangre?, ¿podríamos pasar una hora entre los cadáveres y los moribundos? O si tan sólo pudiéramos dejar que el estruendo de la batalla y el ruido de las armas llegaran a nuestros oídos, no nos alegraría tanto si tuviéramos algo de compasión por los demás y por nosotros mismos.

La muerte de un enemigo es para mí motivo de pesar, así como la muerte de un amigo. ¿No son todos mis hermanos? ¿Y no me lo dice Jesús? ¿No estamos todos hechos de una sola carne? ¿Y no ha hecho Dios "de una sangre todas las naciones que habitan sobre la faz de la tierra"? Entonces, cuando escuchemos de enemigos asesinados y de miles que han caído, dejemos de alegrarnos por su muerte. Revelaría un espíritu totalmente incompatible con la religión cristiana, más parecido al mahometismo o a las feroces doctrinas de Buda, pero no en lo más mínimo para ser compatible con las verdades del Evangelio del Dios glorioso.

Y, sin embargo, con todo eso, lejos de mí está el frenar cualquier alegría que pueda experimentar esta nación, ahora que espera que el ícubo de la guerra sea finalmente removido. ¡Aplaudan, británicos! ¡Regocíjense, hijos de Albion! Hay esperanza de que tus espadas aún estén envainadas, que tus hombres no sean segados como hierba delante de la guadaña, que la desolación de tus hogares ahora se detenga.

Por fin hay esperanza de que el tirano sea humillado y de que se restablezca la paz. Con este punto de vista, dejemos que nuestros corazones salten de gozo y cantemos al Dios que nos ha dado la victoria. Regocijémonos de que ahora las heridas de la tierra puedan ser curadas, de que su sangre no necesite fluir más y de que se establezca la paz.

Confiamos en un fundamento verdadero. Esta, creo, debería ser la visión cristiana al respecto. Deberíamos regocijarnos con la esperanza de cosas mejores. Pero deberíamos lamentarnos por la espantosa muerte y la terrible carnicería, cuya extensión aún no sabemos, pero que la historia escribirá entre las cosas oscuras.

Mi más sincera oración es que nuestros valientes soldados puedan honrarse a sí mismos tanto con moderación en la victoria como con aguante en las privaciones y valor en el ataque. No tengo nada más que decir sobre ese tema. Ahora estoy a punto de pasar a otro tipo de asedio, otro tipo de saqueo de ciudades.

Jerusalén había pecado contra Dios. Se había rebelado contra el Altísimo, se había creado falsos dioses y se había postrado ante ellos. Y cuando Dios la amenazó con castigarla, ella construyó a su alrededor fuertes almenas y bastiones. Ella dijo: "Estoy a salvo y segura. Aunque Jehová se haya ido, confiaré en los dioses de las naciones. Aunque el templo está derribado, confiaremos en estos bastiones y sólidas fortalezas que hemos erigido". "Ah", dice Dios, "Jerusalén, te castigaré. Tú eres Mi elegida, por eso te castigaré. Reuniré a valientes y les hablaré. Les diré que vengan a ti y te visiten por estas cosas. Mi alma será vengada de una nación como esta".

Y reúne a los caldeos y babilonios y les dice a esos hombres feroces que hablan un lenguaje vulgar: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová". Así, Dios usó a hombres malvados como su azote para castigar a una nación aún más malvada que todavía era objeto de su afecto y amor.

Esta mañana tomaré mi texto y lo dirigiré de cuatro maneras a diferentes clases de hombres. Primero, creo que esto puede ser dicho por Dios de Su Iglesia. "Subid contra ella", dice Él a sus enemigos, "quitad sus almenas, porque no son del Señor". Esto también se le puede decir a muchos cristianos. Dios a menudo ordena problemas y los enemigos se levantan contra los cristianos para quitarles las almenas que no son del Señor. Esto también se puede decir al joven converso que está confiando en sí mismo y aún no ha sido abatido. Dios dice a las dudas, los temores, las convicciones y a la Ley: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová".

Y esto también se dirá al final al pecador impertinente, que, confiando en su propia fuerza, espera, uniendo sus manos, quedar impune; Dios dirá, finalmente, a sus ángeles: "Sube contra ella". Sin embargo, en el último caso, modificará la siguiente frase: "Finaliza completamente; quita sus almenas. Porque no son del Señor".

1. Primero, entonces, consideraré este texto como hablado con respecto a LA IGLESIA. Dios dice con frecuencia a los enemigos de la Iglesia: "Sube contra ella, pero no la acabes del todo: quita sus almenas; porque no son del Señor". A la Iglesia de Dios le gusta mucho construir muros que su Dios no ha aprobado. Ella no se contenta con confiar en el brazo de Dios, sino que le agregará alguna ayuda extraña que Dios aborrece por completo. "Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, Es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella, Así Jehová está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre.

Pero su pueblo no está contento con que Dios esté a su alrededor; buscan otra protección. La Iglesia a menudo ha acudido al rey Jareb en busca de ayuda, o al mundo en busca de ayuda.

Y luego Dios ha dicho a sus enemigos: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová. Ella no los tendrá. Yo soy su almena. Ella no va a tener otro".

Lo primero que puedo mencionar es esto. La Iglesia de Dios a veces ha buscado hacer del gobierno sus almenas. Había una iglesia antigua en Roma, una iglesia de Dios santa y piadosa cuyos miembros adoraban y se postraban ante el Dios de Israel. Pero había un cierto monarca astuto llamado Constantino que creía que, si se volvía cristiano, aseguraría el imperio con más firmeza para sí mismo, y derrotaría a varios comandantes que fueron ayudados por los sacerdotes. Para lograr sus propios fines y promover su propio honor, pretende tener una vista en los cielos y profesa convertirse en cristiano.

Se convierte en cabeza de la iglesia y líder de los fieles. La Iglesia cayó en sus brazos y luego el Estado y la Iglesia se aliaron. ¿Cuál fue la consecuencia de que la Iglesia de Roma se aliara con el Estado? La razón por la que se ha convertido en una masa corrupta de impureza, una vergüenza tal para el mundo que cuanto antes desaparezca el último vestigio de ella, mejor, se debió a que construyó baluartes que no son del Señor y Dios ha dicho a sus enemigos: "Escalad sus muros". Sí, su apostasía es ahora tan grande que sin duda el Juez de toda la tierra, la acabará "por completo" y se cumplirá la profecía del Apocalipsis: "Por lo cual en un solo día vendrán sus plagas; muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga."

Hay verdaderas iglesias protestantes en pie ahora que han hecho alianzas impías con los gobiernos. Cristo testificó: "Mi reino no es de este mundo", y, sin embargo, se han inclinado a los pies de reyes y monarcas. Han recibido donaciones y subvenciones estatales. Y así se han vuelto altos, poderosos y honorables y se ríen de esas iglesias puras que no se doblegarán ni cometerán fornicación con los reyes de la tierra, sino que se destacan por la supremacía real del Salvador en ellas y miran solo a Cristo como la Cabeza de la Iglesia.

Nos aplican los apelativos de "cismáticos", "disidentes" y cosas por el estilo. Pero creo que Dios todavía dirá de cada Estado e iglesia, ya sea la Iglesia de Inglaterra, Irlanda, Escocia o de cualquier otro lugar, "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo, "porque hay miles de hombres piadosos en medio de ella", quita sus almenas; porque no son del Señor". Incluso ahora vemos un revuelo en todo el mundo para eliminar estas almenas. Los hombres santos y piadosos de la Iglesia de Inglaterra se han multiplicado asombrosamente durante los últimos años. Es agradable ver la gran mejora en esta institución. Creo que ninguna clase de cristianos ha logrado avances más rápidos en la reforma que ellos. Tienen una gran conmoción entre ellos y dicen: "¿Por qué deberíamos seguir bajo el gobierno?"

Hay muchos clérigos que han dicho: "No tenemos ningún deseo para esta unión: nos alegraría salir de todo control estatal". Me pregunto por qué no lo hacen y siguen sus convicciones. Están diciendo: "Quita tus almenas, no son del Señor". Y si no se los quitan ellos mismos, nosotros avanzamos lentamente y, con la ayuda del Cielo, les quitaremos sus almenas uno de estos días maravillosos y se despertarán y encontrarán que las tarifas de la iglesia y los diezmos han terminado.

Descubrirán que deben mantenerse en pie o caer, que la Iglesia de Dios es lo suficientemente fuerte como para mantenerse sin gobierno. Será un día feliz para la Iglesia de Inglaterra. ¡Dios la bendiga!

Me encantaría, cuando se derriben esas almenas, cuando se derribe la última piedra del patrocinio del Estado, cuando se rechace la ayuda innecesaria de reyes y príncipes, entonces saldrá como una iglesia gloriosa, como una oveja limpia. Ella será el honor de nuestra tierra, y nosotros, que ahora nos mantenemos alejados de ella, tendremos muchas más probabilidades de caer en su regazo, porque sus artículos son la médula misma de la Verdad y muchos de sus hijos son los mejores de la tierra. Oh, ángel, pronto toca tu trompeta de guerra y da la orden: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo". Ella es una de Mis iglesias, "quita sus almenas porque no son del Señor".

El Señor no tiene nada que ver con semejante almena, la odia por completo; la alianza de estados es detestable para el Dios de Israel. Y cuando los reyes se conviertan en verdaderos ayos, se permitirán el oro de Sabá y la ofrenda voluntaria de su piedad.

Pero hay otras iglesias, en que se están construyendo almenas. Estas se encuentran entre nosotros, así como otras denominaciones. Hay iglesias que hacen almenas con la riqueza de sus miembros. Es una congregación respetable, una Iglesia muy respetable, los miembros son en su mayoría ricos. Dicen, dentro de sí mismos, "Somos una Iglesia fuerte y rica. No hay nada que nos pueda hacer daño. Podemos mantenernos firmes". Encontrará que dondequiera que esa idea llene la mente, habrá poca asistencia a las reuniones de oración. No creen que sea necesario orar mucho para mantener la causa.

"Si quiere un billete de cinco libras", dice un hermano, "podemos dárselo". No creen que sea necesario tener un predicador para reunir a la multitud, son lo suficientemente fuertes en sí mismos. Son una gloriosa organización de personajes tranquilos. Les gusta escuchar a un predicador de salón. Pensarían que está por debajo de su dignidad disfrutar de cualquier cosa que el pueblo pueda entender. Eso sería una degradación de su alta y honorable posición. Conocemos algunas iglesias ahora, sería odioso señalarlas con el dedo, donde se considera que la riqueza y el rango son lo primero.

Ahora, nos encanta tener riquezas y posición entre nosotros; siempre agradecemos a Dios cuando ha traído entre nosotros a hombres que pueden hacer algo por la causa de la Verdad. Bendecimos a Dios cuando vemos a Zaqueo, que tenía abundancia de oro y plata, dando algunos de sus regalos a los pobres de la familia del Señor.

Nos gusta ver a los príncipes y reyes trayendo regalos e inclinándose ante el Rey de toda la tierra. Pero si alguna Iglesia se inclina ante el becerro de oro, se emitirá la orden: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová".

Y caerá la Iglesia. Dios lo humillará. La bajará de su alta posición. Él dirá: "Aunque te sientes sobre las rocas y construyas tu casa entre las estrellas del cielo, aun allí te derribaré y esta mano derecha te alcanzará". Dios no permitirá que Su Iglesia dependa del hombre y confíe en los príncipes. "Maldito el tal", dice, "será como retama en el desierto, no verá cuando venga el bien; su hoja se secará y no dará fruto a la perfección".

Hay algunas otras iglesias que se basan en el aprendizaje y la erudición. El conocimiento de sus ministros parece ser una gran fortaleza, bastión y castillo. Dicen, por ejemplo, "¿Para qué estos predicadores sin educación e ignorantes? ¿De qué sirven? Nos gustan los hombres de razonamiento sólido, hombres que tienen una gran cantidad de crítica bíblica, que pueden decidir esto, aquello y lo otro". Dependen de sus ministros. Él es su torre de fuerza. Él es su todo en todos. Resulta que es un hombre culto. Dicen: "¿De qué sirve que alguien se oponga a él? ¡Vea la cantidad de su aprendizaje! Por qué sus enemigos serían cortados en pedazos, porque él es tan poderoso y erudito".

Nunca se diga que he despreciado el aprendizaje o el conocimiento verdadero. Tengamos tanto como podamos. Damos gracias a Dios cuando se incorpora a la Iglesia a sabios, cuando Dios los hace útiles. Pero la iglesia hoy en día está comenzando a confiar demasiado en el aprendizaje, confiando demasiado en la filosofía y en la comprensión del hombre en lugar de la Palabra de Dios. Creo que una gran proporción de cristianos profesantes tienen su fe en la Palabra del hombre y no en la palabra de Dios. Dicen: "Tal y tal Divino lo dijo; que Fulano de Tal explicó maravillosamente ese pasaje y debe ser correcto". Pero frente a cualquier Iglesia que haga esto, Dios dirá: "Escalad sus muros y destruid, pero no del todo; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová".

Pero creo que la peor almena que tienen las iglesias ahora es un terraplén de gran y extrema precaución. Se considera impropio que se prediquen ciertas verdades de la Biblia no tan gratas. Se dan diversas razones por las que deben retenerse. Una es porque tiende a desanimar a los hombres de venir a Cristo. Otra es porque ciertas personas se sentirán ofendidas por estas particularidades del Evangelio. Algunos dirían: "¡Oh, manténelos distantes! No necesitas predicar tal y tal doctrina. ¿Por qué predicar la gracia especial? ¿Por qué la soberanía divina? ¿Por qué la elección? ¿Por qué la perseverancia de los santos? ¿Por qué el llamamiento eficaz? Estos están calculados para ofender a la gente; no pueden soportar tales verdades".

Si les hablas del amor de Cristo y de la inmensa misericordia de Dios y cosas por el estilo, siempre será agradable y satisfactorio. Pero nunca debes predicar una obra de ley que penetre profundamente. No debes herir el corazón y enviar la lanceta al alma; eso sería peligroso. Por lo tanto, la mayoría de las iglesias se escudan detrás de un baluarte deshonesto de extrema precaución.

Nunca escuchas hablar en contra de sus ministros. Están bastante seguros detrás de la pantalla. Estarás muy desconcertado al ver cuáles son los puntos de vista doctrinales reales de nuestros teólogos modernos. Creo que en alguna capilla humilde y pobre recibirás más conocimiento doctrinal en media hora que en algunas de sus capillas más grandes en medio siglo.

La Iglesia de Dios debe ser llevada una vez más a confiar en la Verdad pura, en el simple Evangelio, en las doctrinas puras de la gracia de Dios. ¡Ojalá esta Iglesia no tenga más baluarte que las promesas de Dios! ¡Que Él sea su fuerza y su escudo! ¡Que Su Égida esté sobre nuestra cabeza y sea nuestra guardia constante! ¡Que nunca nos apartemos de la sencillez de la fe! Y si los hombres escuchan o se abstienen, podemos decir:

***"Si todas las formas que los hombres inventan
asaltan mi alma con arte traicionero,
las llamaré vanidades y mentiras,
y uniré el Evangelio a mi corazón".***

II. Ahora dirigiremos el texto al CRISTIANO, EL VERDADERO HIJO DE DIOS. El verdadero creyente, también, tiene una propensión a hacer lo que hace la Iglesia: edificar diversas "almenas", que "no son del Señor" y poner su esperanza, su confianza y su afecto en algo más que en la Palabra de Dios, el Dios de Israel.

Lo primero, amado, de lo que a menudo hacemos una fortaleza donde escondernos, es el amor de la criatura. La felicidad de los cristianos debe estar en Dios y solo en Dios. Debería poder decir: "Todas mis fuentes están en ti. De ti y solo de ti, siempre obtengo mi dicha". Cristo en Su Persona, Su gracia, Sus oficios, Su misericordia, debe ser nuestro único gozo y nuestra gloria debe ser que "Cristo es todo". Pero, amados, estamos demasiado inclinados por naturaleza a abrirnos cisternas rotas que no retienen agua. Hay una gota o dos de consuelo en algún lugar del fondo de la jarra que gotea y hasta que se seca no creemos que esté rota en absoluto.

Confiamos en eso antes que en la fuente de aguas vivas. Ahora, siempre que cualquiera de nosotros haga una almena de la criatura tontamente, Dios dirá a las aflicciones: "Sube contra ella; quita sus almenas, porque no son del Señor". Hay un padre, tiene un hijo. Ese hijo le es tan querido como su propia sangre. Mire, no sea que ese niño se convierta en su amado, no sea que lo ponga en el lugar del Dios Altísimo. Tenga cuidado de no convertirlo en un ídolo, porque tan seguro como siempre lo hace, Dios, por la aflicción, dirá al enemigo: "Sube contra él; quita sus almenas, porque no son del Señor".

Hay un marido. Él aprecia a su esposa, como debería hacerlo. La Escritura nos dice que un hombre no puede amar demasiado a su esposa: "Los esposos las aman a ustedes, como también Cristo ama a la Iglesia", y eso es infinitamente. Sin embargo, este hombre ha desarrollado un insensato cariño e idolatría. Dios dice: "Sube contra él; no acabes por completo; quita sus almenas, porque no son del Señor".

Fijamos nuestro amor y afecto en algún querido amigo nuestro y ahí está nuestra esperanza y confianza. Dios dice: "¿Qué? Aunque se aconsejen mutuamente, no han tomado mi consejo y, por lo tanto, les quitaré la confianza. ¿Qué? Aunque has caminado en piedad, no has caminado conmigo como deberías.

"¡Sube contra ella, oh muerte! ¡Ve contra ella, aflicción! Quita esa almena, no es del Señor. De Mí vivirás; no te alimentarás como Efraín del viento. Te apoyarás en mi brazo. No confiarás en la vara de estas cañas rotas. Pondrás tu afecto en las cosas de arriba y no en las de la tierra. Porque destruiré el gozo de la tierra. Enviaré una plaga sobre tu hermosa cosecha. Haré que las nubes oscurezcan tu sol y clamarás a mí: 'Oh Dios, tú eres mi confianza, mi sol, mi esperanza, mi todo'".

¡Oh, qué misericordia es que Él no traiga un "final completo", Amado! A veces puede parecer un final, pero no es un final completo. Puede haber un final de nuestras esperanzas, un final de nuestra fe, un final de nuestra confianza a veces, pero no es un final completo. Queda un poco de esperanza. Solo hay una gota de aceite en la vasija, hay un puñado de harina en el barril, todavía no es el final completo. Aunque ha quitado muchas alegrías y arruinado muchas esperanzas, aunque muchas de nuestras hermosas flores han sido arruinadas, ha dejado algo. Una estrella brillará en el cielo, una tenue lámpara brillará desde aquella distante cabaña; no estás del todo perdido, oh vagabundo de la noche. No ha terminado por completo.

Una vez más. Muchos de nosotros somos demasiado propensos a hacer almenas de nuestra experiencia pasada y a confiar en eso en lugar de confiar en Jesucristo. Hay una especie de autocomplacencia que revisa el pasado y dice: "Allí luché contra Apolión. Allí subí al cerro Dificultad. Allí vadeé por el Pantano del Desaliento". El siguiente pensamiento es: "¡Y qué buen tipo soy! Yo he hecho todo esto. No hay nada que me pueda hacer daño. ¡No, no! Si he hecho todo esto, puedo hacer todo lo demás que deba lograrse. ¿No soy un gran soldado? ¿Alguno me asustará? No. Tengo confianza en mi propia destreza, porque mi propio brazo ha ganado muchas victorias. Seguramente nunca me moverán".

Un hombre así no puede dejar de pensar a la ligera en el presente. No quiere la comunión con Cristo todos los días. No, vive del pasado. No le importa tener más manifestaciones de Jesús. No quiere pruebas nuevas. Mira las viejas evidencias enmohecidas. Hace de la gracia pasada el pan de su alma, en lugar de usarla como condimento para endulzar su comida. ¿Qué dice Dios cada vez que su pueblo no lo quiere, sino que vive de lo que solía tener de él y está contento con el amor que una vez les dio? "Ah, quitaré tus almenas". Llama a las dudas y los temores: "Escala sus muros; quita sus almenas, porque no son del Señor".

Entonces, nuevamente, a veces llegamos a confiar demasiado en la evidencia y las buenas obras. Ralph Erskine no dijo nada mal cuando comentó: "Mis buenas obras me han herido más que las malas". Eso parece algo así como antinomianismo, pero es cierto. Lo encontramos así por experiencia. "Mis malas obras", dijo Erskine, "siempre me llevaron al Salvador en busca de misericordia. Mis buenas obras a menudo me alejaban de Él y comencé a confiar en mí mismo". ¿No sucede así con nosotros?

A menudo obtenemos una opinión agradable de nosotros mismos: predicamos tantas veces a la semana, asistimos a tantas reuniones de oración. Nos va bien en la Escuela Sabática. Somos diáconos valiosos, miembros importantes de la Iglesia; estamos dando mucho en caridad. Y decimos: "Ciertamente soy un hijo de Dios; debo serlo. Soy un heredero del cielo. ¡Mírame! ¡Mira qué túnicas me pongo!

Entonces comenzamos a confiar en nosotros mismos y decimos: "Seguramente no puedo ser conmovido, mi montaña se mantiene firme y rápida". ¿Sabes cuál es la regla habitual del cielo cuando así nos jactamos? ¿Por qué se da la orden al enemigo: "Sube contra él, no lo acabes del todo; quita sus almenas; porque no son del Señor"? ¿Y cuál es la consecuencia? Vaya, quizás Dios permite que caigamos en el pecado y la autosuficiencia se derrumbe. Muchos cristianos deben sus caídas a una confianza presuntuosa en sus gracias.

Concibo que ningún pecado exterior, es más aborrecido por Dios que el pecado más perverso de confiar en nosotros mismos. Que ninguno de ustedes aprenda jamás su propia debilidad leyendo un libro negro de sus propios descarríos.

Más deseable es el otro método de Dios, cuando envía la luz del Espíritu al corazón y revela nuestra corrupción. Satanás llega rugiendo allí, la conciencia comienza a gritar: "Hombre, no eres perfecto". Todas las corrupciones estallaron como un volcán que se había dormido un momento. Nos llevan a las cámaras oscuras de las imágenes. Nos miramos a nosotros mismos y decimos: "¿Dónde se han ido mis almenas?" Volvemos a la cima de la colina y vemos que todas las almenas han desaparecido. Pasamos por el lado de la ciudad, todos se han ido. Luego vamos de nuevo a Cristo y decimos:

***"Yo, el más grande de los pecadores soy,
Jesús murió por mí".
No traigo nada en mis manos;
Simplemente a tu Cruz me aferro".***

El cielo vuelve a sonreír, porque ahora el corazón está bien y el alma está en la posición más adecuada. ¡Cuiden sus gracias, cristianos!

III. Ahora traemos al texto al recién CONVERTIDO, al hombre en ese estado de nuestra historia religiosa que llamamos conversión a Dios. Todos los hombres por naturaleza construyen almenas para esconderse detrás. Nuestro padre Adán nos dio como porción de nuestra herencia cuando nacimos, altas almenas, altísimas almenas. Y las apreciamos tanto que es difícil separarnos de ellas. Hay diferentes gamas de ellas; Muros llenos de fortificaciones. Y cuando Cristo viene a asaltar el corazón, a tomar la ciudad por asalto, a tomarla para Él mismo, hay un derrumbe de todos estos diferentes muros que protegen la ciudad.

En el frente de la ciudad del Alma humana, frunce el ceño el muro del descuido, una construcción de mampostería satánica. Está hecho de granito negro y los mortales no pueden dañarlo. Trae a Ley, como un pico enorme, para romperlo; pero no puedes quitar una sola ficha.

Dispara tus proyectiles contra él, envía contra él todas las balas de cañón calientes que cualquiera de los diez grandes morteros de los Mandamientos puede disparar y no puedes moverlo en lo más mínimo. Trae contra él el gran ariete de la poderosa predicación. Habla con una voz que pueda despertar a los muertos y hacer temblar a Satanás: el hombre se sienta descuidado y endurecido.

Y de un vistazo hacia abajo se derrumba la almena. El descuidado se vuelve bondadoso, el alma que era dura como el hierro se ha vuelto blanda como la cera. El hombre que una vez pudo burlarse de las advertencias del Evangelio y despreciar la predicación del ministro, ahora se sienta y tiembla con cada palabra. El Señor está en el torbellino; ahora está en el fuego, sí, está en la voz apacible y delicada. Todo se escucha ahora porque Dios ha quitado la primera almena, la almena de un corazón duro y una vida descuidada. Algunos de ustedes han llegado tan lejos, Dios se lo ha quitado.

Conozco a muchos de ustedes por las lágrimas que brillan en sus mejillas, esos preciosos diamantes del cielo testifican que no son descuidados.

El primer muro ha sido superado, pero la ciudad aún no ha sido tomada: el ministro cristiano, bajo la mano de Dios, tiene que asaltar el siguiente muro, que es el muro de la justicia propia. Muchos sermones pobres logran noquear el cerebro en el ataque. Muchos de ellos son como bayoneta por el prejuicio al intentar asaltar ese bastión. Miles de buenos sermones se exponen en vano tratando de hacerla tambalear y estremecer, especialmente entre ustedes, gente de buena moral, hijos de padres piadosos y parientes piadosos. ¡Qué fuerte es ese muro contigo! No parece estar hecho de piedras separadas, sino que es una gran roca sólida.

Pero eres culpable, eres depravado, estás caído. Sí, tú lo crees y le haces honor a las Escrituras al hacerlo. Pero no lo sientes. Ustedes son los humildes que se agachan, como es necesario, porque no pueden sentarse erguidos. Pero ustedes no son los humildes que se rebajan voluntariamente y sienten que son menos que nada. Tú lo dices. Tú te llamas mendigo, pero sabes que eres "rico y abundando en bienes y no necesitas nada", en tu propia opinión. ¡Qué difícil es asaltar este muro! Debe ganarse a punta de bayoneta de fiel advertencia. No se puede tomar sino subiendo valientemente con el grito de: "¡Por gracia sois salvos por la fe y no de vosotros mismos, sino que es don de Dios!"

Tenemos que usar palabras muy duras para rebajar su justicia propia. Sí, y cuando pensamos que está casi derrocado, pronto se vuelve a apilar en la noche. El diablo aparece y los mineros pronto saldrán a reparar todas las brechas. Pensamos que los habíamos llevado por asalto y probamos que estaban perdidos y arruinados. Pero te animas y dices: "No soy tan malo como parezco. Creo que todavía soy muy bueno". Tenemos, por la gracia de Dios, que ganar ese muro antes de que podamos ganar sus corazones.

Así se pasa la doble muralla, pero otra todavía se opone a nuestro progreso: los guerreros de Cristo lo conocen con el nombre de autosuficiencia. "Ah", dice el hombre, "veo que soy un pecador perdido y arruinado; mi esperanza me ha defraudado, pero tengo otra pared. Puedo intentar mejorar. Puedo construir y reparar".

Entonces comienza a apilar la pared y se sienta detrás de ella. Convierte el Pacto de Gracia en un Pacto de Obras. Cree que la fe es una clase de obra y que somos salvos por esto. Él piensa que debemos creer y arrepentirnos y que así ganamos la salvación. Él niega que la fe y el arrepentimiento sean simplemente dones de Dios, y se sienta detrás de su autosuficiencia, pensando: "Puedo hacer todo eso".

Oh, bendito día cuando Dios dirige Sus disparos contra eso. Sepan que abracé esa vieja idea durante mucho tiempo con mis "puedo", "puedo", "puedo". Pero descubrí que mis "puedo" no retuvieron el agua y experimenté que todo lo que puse se perdió. Vino un sermón sobre la elección, pero eso no me agradó. Vino un sermón de la Ley que me mostró mi impotencia, pero no lo creí. Pensé que era el capricho de algún viejo cristiano experimentado, algún dogma de la antigüedad que ahora no encajaría con los hombres. Luego vino otro sermón sobre la muerte y el pecado. Pero no creía que estuviera muerto, porque sabía que estaba lo suficientemente vivo y que podía arrepentirme y corregirme después.

Luego vino un fuerte sermón de exhortación. Pero sentí que podía poner mi casa en orden cuando quisiera, que podía hacerlo el próximo martes de la semana tan bien como podía hacerlo de una vez. Así que confiaba continuamente en mi autosuficiencia. Por fin, sin embargo, fue cuando Dios realmente me trajo a sí mismo, envió un gran disparo que lo estremeció todo y, he aquí, me encontré completamente indefenso. Pensé que era más que los ángeles poderosos y que podía lograr todas las cosas. Entonces me encontré como menos que nada. Así también todo pecador verdaderamente convencido encuentra que el arrepentimiento y la fe deben venir de Dios, que la confianza debe ser puesta únicamente en el Altísimo.

Y en lugar de mirarse a sí mismo, se ve obligado a arrojarse a los pies de la misericordia soberana. Confío, junto a muchos de ustedes, en que dos de los muros se han derrumbado. Y ahora, que Dios en Su gracia derribe al otro y diga a sus ministros: "Escala sobre sus muros; quita sus almenas; porque no son del Señor".

Quizás hay algunos aquí a quienes les han quitado sus almenas últimamente y piensan que Dios está a punto de destruirlos. Piensas que debes perecer, que no hay bondad, ninguna esperanza, ninguna ayuda, nada más que una temerosa vista de juicio e indignación ardiente. Ahora, escuche las últimas palabras, "no traigas un final completo". Dios te acabaría por completo si no quitara tus almenas, porque entonces morirías dentro de los muros de la autosuficiencia. Pero Él dice: "No acabes por completo". Confía, entonces, en Su poder y gracia, porque Él no te destruirá.

IV. Ahora, por último, debo abordar este pasaje en lo que respecta al IMPIO Y AL PECADOR en el fin.

¿Cuántos habrá en el último Gran Día que se sentarán muy cómodamente detrás de ciertas almenas que son unos autócratas? "No doy cuenta de mis asuntos". Oh, al fin descubrirá que Dios es Maestro de emperadores y Juez de príncipes cuando sus almenas sean quitadas. Otro dice: "¿No puedo hacer lo que quiero con lo mío? Si Dios me hizo, no le serviré, seguiré mi propia voluntad. Tengo en mi propia naturaleza todo lo que es bueno y lo haré como mi naturaleza dicta. Confiaré en eso y si hay un poder superior, Él me excusará porque solo seguí mi naturaleza".

Pero encontrará que sus esperanzas son idealistas y su "razón" una necedad cuando Dios diga: "El alma que pecare, esa morirá", y cuando Su voz tronante pronuncie la sentencia: "Apartaos, malditos, al fuego eterno" Nuevamente, hay un grupo de hombres unidos de la mano y creen que resistirán al Eterno. Sí, tienen un plan para derribar el reino de Cristo. Dicen: "Somos sabios y valientes. Nos hemos fortalecido. Hemos hecho un pacto con la muerte y una alianza con el infierno".

Ah, poco piensan en lo que será de sus almenas en el último gran día cuando las verán desmoronarse y caer. Con qué miedo y alarma gritarán entonces: "¡Rocas, escóndannos! Montañas, ¡caigan sobre nosotros!"?

¿Qué harán cuando la ira de Dios se encienda como fuego en el día de su furor, cuando derrita sus esperanzas y las haga desaparecer, cuando acabe todos sus gozos y los obligue a estar desnudos ante su presencia? Entonces me imagino, en el Día del Juicio, un grupo de hombres que han dicho en la tierra: "Confiaremos en la misericordia de Dios. No creemos en estas religiones en absoluto; Dios es misericordioso y confiaremos en la misericordia". Supongamos ahora, "es imposible porque su engaño se disipará al morir", pero supongamos que en el terrible día del juicio está agachado en la fortaleza de la misericordia fuera del pacto. El Juez abre los ojos sobre su pueblo y dice: "¡Ángeles! Escalad sus muros; hagan un final completo; quiten sus almenas, porque no son del Señor".

Entonces los ángeles van y derriban cada piedra del baluarte. Cortan por completo toda esperanza de misericordia. Cada vez que dan el golpe, claman: "¡Sin santidad nadie verá al Señor! ¡Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados! Eres salvo por gracia mediante la fe, aunque confiaste en la misericordia pura, no la tendrás, sino que tendrás la justicia pura y nada más". Luego hay otro grupo que ha construido un castillo de ritos y ceremonias. De un lado tienen un gran trozo de granito llamado "Bautismo", y del otro tienen la "Cena del Señor". Y en el medio tienen "Confirmación". Piensan en el glorioso castillo que han construido.

"¿Estaremos perdidos? Pagamos el diezmo de menta, comino y anís. Pagamos diezmos de todo lo que poseíamos. Sabemos que la gracia está en las ceremonias". Sale el Todopoderoso y con una sola Palabra destruye su castillo, diciendo simplemente: "Quiten sus almenas, porque no son del Señor". ¡Hombres y mujeres impíos! ¿Qué haréis al fin sin almenas, sin una roca donde esconderse, sin un muro detrás del cual esconderse, cuando la tempestad del Temible sea como un estallido contra el muro? ¿Cómo estarás de pie cuando tus esperanzas se derritan como sueños etéreos, como sueños de la noche que se desvanecen cuando uno se despierta? ¿Qué harás cuando Él desprecie tu imagen y cuando todas tus esperanzas se hayan ido por completo?

El cristiano puede irse con el pensamiento de que sus almenas nunca podrán ser quitadas porque SON del Señor. Confiamos en el amor electivo de Jehová: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Confiamos en la sangre redentora de Jesucristo, el Hijo Eterno. Dependemos totalmente de los méritos, la sangre y la justicia de Jehová, EL SEÑOR NUESTRA JUSTICIA. Confiamos en el Espíritu Santo.

Confesamos que no somos nada por nosotros mismos, que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. No reconocemos ni una pizca de la criatura en nuestra salvación ni un átomo de nosotros mismos. Dependemos completamente del amor del Pacto, de la misericordia del Pacto, de los juramentos del Pacto, de la fidelidad del Pacto, de la inmutabilidad del Pacto y apoyándonos en estos, sabemos que nuestras almenas no pueden ser quitadas.

¡Oh, cristiano! ¡Con estos muros rodeados, podemos reírnos de todos nuestros enemigos! ¿Puede el diablo tocarte ahora? Solo te mirará y se desesperará. ¿Pueden las dudas y los miedos quitarnos nuestras almenas? No, se mantienen firmes y sólidas, y nuestros pobres miedos no son más que pajitas lanzadas contra la pared por el viento.

Porque, "aunque fuésemos infieles, él permanecerá fiel", y ni todas las tentaciones de un mundo pecaminoso, o nuestros propios corazones carnales pueden separarnos del amor del Salvador.

Tenemos una ciudad cuyos muros son poderosos, cuyos cimientos son eternos. Tenemos un Dios que dice: "Yo, el Señor, la guardo y la riego en todo momento, para que nadie la lastime. La guardaré día y noche". Confía cristiano, Dios establecerá la salvación con muros y baluartes, y rodeado de estos, puedes sonreír ante todos sus enemigos. Pero ten cuidado de no agregarles nada, porque si lo haces, el mensaje será: "Quita las almenas, no son del Señor".

EstudiaLaPalabra.org